

EL FRAGMENTO Y LA SOMBRA

Fotografiar “los Salzillos” es enfrentarse a un tsunami de desbordamientos. Te desborda la responsabilidad de saberte ante una de las joyas del patrimonio artístico murciano. Te desbordan las iconografías preexistentes, las imágenes magníficas que otros crearon antes que tú (como Charles Clifford, Laurent Roude o Juan Almagro). Te desbordan las dificultades técnicas, la búsqueda de la iluminación, la óptica y el punto de vista más adecuado, el que haga justicia a la exuberancia cromática y formal que tienes ante los ojos. Y, lo más difícil, te desbordan las dudas sobre cómo dotar de expresividad y singularidad a tu trabajo, cómo acrecentar la enorme herencia que recibes y no defraudar a nadie, sobre todo a ti mismo.

En esta ocasión, José Luis Montero nos propone una valiente interpretación de la partitura que va más allá de la mera ejecución, porque de eso trata la creación. Para ello, elige el paso de “La última cena” y, en torno al mismo, desarrolla un exhaustivo análisis fotográfico que se aleja con sabiduría de la reproducción fiel de la obra de arte a la que estamos acostumbrados para sumergirnos en un *flashback*, un salto atrás en el tiempo, que pretende restituir la pieza a un estadio previo a su tridimensionalidad. Ese momento imaginado en el cual Salzillo bocetaría a carboncillo y lápiz sus primeras ideas, recogiendo las influencias del barroco italiano que le llegaban a través de grabados y estampas o manuales de composición. Fragmentos de un conjunto cuyo estudio, a la vez, resultaba imprescindible para su posterior realización sobre la madera y que centrarían su atención, suponemos, en dos de sus rasgos inconfundibles: la disposición y elocuencia de las manos, que aún sobrecoge, y la volumetría de los mantos, detenidos en pleno movimiento, como si de una instantánea se tratara.

Una mirada fragmentada, esencialmente fotográfica, en definitiva, en la cual los rostros conformarían la tercera e imprescindible pata del trípode, la que aporta sentido y anima las otras, dotándolas de alma, y que Montero proyecta bajo una iluminación que, a primera vista, desconcierta; una luz polarizada que renuncia a la representación del brillo para hacer de la sombra su gran aliada. Una decisión admirable que nos remite de forma directa a esa predilección que sentía el Barroco por las atmósferas turbadoras construidas sobre fondos de claroscuros y juegos de contraluces, fruto del contexto que lo alumbró, como no podía ser de otra manera, en el cual lo grandioso y lo misterioso convivían en una tensión incierta que resultaba, paradójicamente, tan atractiva.

Y es que la sombra no sólo aporta a las imágenes, y a lo representado en ellas, profundidad, sobriedad y densidad, como Tanizaki nos enseñara, sino que tiene la cualidad de sugerirnos todo lo que no vemos, de susurrarnos que algo se esconde tras la penumbra. Un recurso sencillo para evocarnos poderosas emociones que nos abisma ante la belleza y enuncia su contemplación como una aventura irrenunciable para nuestros sentidos.

Mónica Lozano

Texto escrito en Murcia, febrero de 2016, para el libro **Ver Salzillo** de J.L. Montero.